

Los intelectuales Eça de Queirós y Fradique Mendes

Carlos Alberto Pasero

«...el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público.»

Edward Said, *Representaciones del intelectual*

En una nota aparecida en *Seara Nova*, el 1º de noviembre de 1928, en el marco de la repercusión del libro de Julien Benda, *La trahison des clercs*, publicado en París un año antes, el escritor Raúl Proença opinaba que era tarea del intelectual «ejercer su acción directriz, pues es en la medida en que esa acción se ejerza que la probabilidad se transformará en certeza. Le compete, sobre todo, impedir un retorno ofensivo de la barbarie, no dejar nunca de ser el guardián supremo de los valores civilizados»¹. Sus palabras daban cuenta del reiterado reclamo ético y del deseo de hegemonía que teñirán, a partir de entonces, toda la discusión en torno de la figura del intelectual moderno. Valoradas en relación con el contexto político e histórico de Portugal, ganan ribetes dramáticos si tenemos en cuenta que en 1926 un golpe de Estado había terminado con la República parlamentaria y que apenas cinco años después comenzaría oficialmente la terrible dictadura del *Estado Novo*. Como expresión del alto grado de conciencia sobre la responsabilidad política que le cabe al intelectual (en tanto detentador de capital cultural y poder ideológico), constituyen la culminación de un proceso social y cultural que se había iniciado algunas décadas atrás. En términos de grupo, más allá de ciertas individualidades que se proyectan emblemáticamente, los intelectuales especifican un discurso alrededor del tema de la nación, casi como problema único, a partir de la segunda mitad del siglo XIX. La clase media burguesa se convierte no sólo en la clase en el poder sino que su punto de vista se vuelve hegemónico en la contemplación de

¹ Raúl Proença, *Antologia - 1, prefacio, selección y notas de António Reis, Lisboa, Ministério da Cultura, 1985, p. 280. (Traducción nuestra. Lo mismo para las citas que siguen de autores portugueses).*

todos los problemas nacionales. Dice Claude Lefort: «La nueva posición del poder se acompaña de una reelaboración simbólica, en virtud de la cual las nociones de Estado, de Pueblo, de Nación, de Patria y de Humanidad, adquieren una significación igualmente nueva»².

Desde el punto de vista histórico, en España como en Francia, el intelectual moderno es puesto a prueba en 1898³. El asunto Dreyfus proyecta la figura de Emile Zola y «El desastre» convoca a una generación. En el caso inglés, el fenómeno es equiparable con el escándalo Wilde, a partir de 1892, durante el cual la moralidad y el desvío trascienden el ámbito privado para constituir una amenaza nacional. En Portugal, la figura del intelectual emerge claramente con los debates en torno del Ultimátum, el episodio del 11 de enero de 1890 en el que Gran Bretaña exigió al gobierno portugués el retiro de tropas de la región del Alto Shire, en África. Las reacciones patrióticas subsiguientes, que tuvieron lugar a lo largo de varios meses, golpearon duramente la conciencia colectiva portuguesa⁴. «Portugal expía, con la amargura de este momento de humillación y ansiedad, cuarenta años de egoísmo, de imprevisión y de relajamiento de las costumbres políticas» –manifestó entonces Antero de Quental⁵. En ese contexto, intelectuales como Oliveira Martins, Ramalho Ortigão, Guerra Junqueiro, Eça de Queiroz y el propio Antero encontraron en la crisis nacional una causa que los proyectó y los justificó. «Portugal está en un mal momento y (perdona el juego de palabras) sería tal vez un buen momento para que se escuche una voz sensata y verdadera. ¿Por qué no levantas tú esa voz?»⁶, le pedía Eça de Queiroz a su amigo, el historiador y político Oliveira Martins. La crisis de la nación y la creencia en la crisis salvadora de la nación reagrupó, de manera sorpresiva, a todos los sectores. Frente a la agresión extranjera, los intelectuales ensayaron un discurso imperialista que antes se

² ¿Permanece lo teológico político?, *Buenos Aires, Hachette, 1998, p. 43.*

³ *Para una aproximación al concepto de intelectual: Ian Maclean, Alan Montefiore y Peter Winch (Eds.), The political responsibility of intellectuals, Cambridge, Cambridge U. P., 1990; Edward Said, Representaciones del intelectual, Barcelona, Paidós, 1996; Zygmunt Bauman, Legisladores e intérpretes, Quilmes, Universidad de Quilmes, 1998; Norberto Bobbio, La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea, Buenos Aires, Paidós, 1998; Pierre Bourdieu, Intelectuales, política y poder, Buenos Aires, Eudeba, 1999.*

⁴ Ver Pilar Vázquez Cuesta, «Un noventa y ocho portugués: el Ultimátum de 1890 y su repercusión en España», en Jover Zamora, José M^a, *El siglo XIX en España: doce estudios, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 465-569.*

⁵ Antero de Quental, «Expição», *Prosas III, Coimbra, Imprensa da Universidade de Coimbra, 1931, p. 144.*

⁶ José María Eça de Queiroz, *Correspondência, Obras Completas, Porto, Lello & Irmão, 1966, T. III, p. 609. Traducción española: Obras Completas, Madrid: Aguilar, 1948.*